

la misma capilla pende una pequeña galera, construida á semejanza de la que montaba D. Juan de Austria en la lucha contra los turcos. Bajo el órgano, de estructura gótica y cubierto por grandes tapices, cuelga una enorme cabeza de sarraceno, de cuya boca abierta caían en otros tiempos confites para los chiquillos. En las demás capillas se ven hermosas tumbas de mármol y algun lienzo precioso de Viladomat, pintor barcelonés del siglo xvii. La iglesia es oscura y misteriosa. A su lado se eleva el claustro, sostenido por grandes pilastras, formadas de delgados baquetones, y adornadas con capiteles sobrecargados de pequeñas estatuas, que representan escenas del antiguo y del nuevo Testamento. En el claustro, en la iglesia, en la reducida plaza que la precede, en las calles que la circundan, se respira un áura de melancólica paz que seduce y entristece á un tiempo, como el jardín de un cementerio. Un grupo de horribles viejas custodia la puerta.

En el interior de la ciudad, vista ya la catedral, quedan pocos monumentos dignos de ser visitados. En la plaza de la Constitución, se levantan dos palacios, la *Casa de la Diputación* y la *Consistorial*. La primera del siglo xvi, y la otra del xiv. Ambas conservan todavía algun detalle digno de nota; la puerta en la una, en la otra el patio. En uno de los lados de la *Casa de la Diputación* vése la rica fachada gótica de la capilla de San Jorge. Existe aun el palacio de la Inquisición, con su angosto patio, ventanas con férreas rejas y puertas secretas, que se ha reconstruido casi en su totalidad, conservando el carácter primitivo.

Quedan algunas enormes columnas romanas en la calle del Paradís, perdidas entre las casas modernas, circuidas de tortuosas escaleras y de oscuras estancias. Y no hay otra cosa digna de llamar la atención de un artista. En cambio véense fuentes con columnas, pirámides, estatuas; avenidas con sus quintas, jardines, cafés, fondas; una plaza de toros capaz para diez mil personas; un barrio que se levanta sobre un brazo de tierra que forma el puerto, construido con toda simetría y habitado por diez mil marinos. Muchas bibliotecas, un riquísimo museo de historia natural, un archivo que es de los más ricos en documentos históricos, desde el siglo ix hasta nuestros días: esto es, desde los primeros Condes de Cataluña hasta la guerra de la Independencia.

Fuera de la ciudad, una de las cosas más notables es el cementerio, á una media hora de carruaje, en el centro de vasta llanura. Visto por fuera, á la parte de la entrada, parece un jardín y obliga á apresurar el paso con un sentimiento de curiosidad que raya casi en alegría. Pero pasado el dintel se halla uno ante un espectáculo nuevo, indescriptible, completamente distinto del que esperaba. Es una ciudad silenciosa, atravesada por largas calles desiertas, ceñida por muros de igual altura y cerrados en sus extremos por otras tapias; se avanza y se llega á una encrucijada, de donde parten otras calles, otras paredes, y de donde se ven á lo lejos nuevas encrucijadas. Parece Pompeya. Los cadáveres se meten á lo largo dentro de esos mismos muros, como los libros en los estantes de una biblioteca. A cada ataud corresponde en el muro un nicho,

en el cual se escribe el nombre del que allí está sepultado. Donde no hay ningun cadáver, la bovedilla tiene escrita la palabra, *Propiedad*, que quiere decir que está comprado aquel sitio para el porvenir. La mayor parte de los nichos se hallan cerrados con un cristal, algunos con una reja, otros con finísima red de alambre, y contienen inmensa variedad de objetos, como ofrendas de la familia del difunto. Allí se ven fotograffas, pequeños altaritos, cuadros, coronas de siemprevivas, flores artificiales, cuando no bagatelas que le fueron caras al difunto, como cintas, collares de mujer, juguetes de niño, libros, alfileres, cuadros, mil cosas que recuerdan el hogar y la familia, indicando al propio tiempo la profesion de aquel á quien pertenecieron. Es imposible mirar tales objetos sin enterneerse.

De trecho en trecho se ve alguno de esos nichos completamente vacío, señal evidente de que durante el día se meterá allí algun féretro. La familia del muerto debe pagar por aquel sitio una cuota anual: si no la paga se saca el ataúd, y va á la fosa comun del cementerio de los pobres, al cual conduce una de aquellas calles. Mientras me hallaba en el cementerio tuvo lugar un enterramiento, ví de léjos colocar la escala, levantar la caja, y abandoné aquel sitio... Cierta noche se metió un loco en un nicho vacío; pasó un guardian del cementerio con su linterna y el demente para asustarle gritó. El pobre guardian cayó al suelo como herido del rayo, sobreviniéndole del susto mortal enfermedad.—En un nicho ví una hermosa trenza de cabellos rubios, que pertenecieron

á una jóven de quince años, muerta ahogada. En una cartela se leía esta palabra:—*¡Querida!*—A cada paso el curioso ve algo que hiere la mente y el corazon. Todos aquellos objetos producen el efecto de confuso rumor de voces de madres, de esposos, de niños y de viejos que dicen en voz baja al paseante:—*¡Soy yo!*—*¡Mira!*—A cada encrucijada surgen estátuas, templos ú obeliscos con inscripciones en honor de los ciudadanos de Barcelona que se distinguieron por su conducta durante la invasion de la fiebre amarilla en los años de 1821 y 1870. Esta parte del cementerio, fabricada como una ciudad, si así puede decirse, pertenece á la clase media de la poblacion. Confina con dos vastos recintos, uno destinado á los pobres, triste y solitario, con grandes cruces negras, y otro destinado á los ricos, más grande que el primero, con bonitos jardines, rodeado de capillas, vário, rico, espléndido. Entre bosques de sauces y cipreses, se levantan por todos lados columnas, tumbas magníficas, capillas de mármol sobrecargadas de esculturas, en cuya parte superior levantan al cielo los brazos hermosas figuras de arcángeles; pirámides, grupos esculturales y monumentos grandes como casas, más elevados que los más altos árboles. En el espacio que media de monumento á monumento, setos, enrejados y floridos parterres. Y á la entrada, entre este y el otro cementerio, una pequeña pero magnífica iglesia de mármol, rodeada de columnas y medio oculta entre los árboles que prepara piadosamente el alma al magnífico espectáculo del interior. Al salir de este jardin se atraviesan de nuevo las calles desiertas de la

necrópolis que parecen más silenciosas y tristes que á la entrada. Traspasado el umbral saludé con placer las casas de variados colores de los arrabales de Barcelona, esparcidas por el campo, como avanzados centinelas, colocadas allí para anunciar que la populosa ciudad se extiende y ensancha.

Del Campo-santo al café, no es un mal salto, pero viajando se dan algunos algo más atrevidos. Los cafés de Barcelona, como casi todos los de España: constan de un vastísimo salon, adornado con grandes espejos, con cuantas mesas puede contener el local, de las cuales no queda ni una desocupada durante el día, ni en el espacio de sólo media hora. Por la noche se hallan atestados de gente, siendo preciso muchas veces tener que esperar buen rato junto á la puerta, si se quiere lograr sitio. Al rededor de cada mesa se ve un círculo de cinco ó seis *caballeros* con la *capa* sobre los hombros (un manto de paño oscuro, guarnecido de ancha esclavina); en muchas mesas se juega al dominó, juego en boga entre españoles. En el café, desde el anochecer hasta media noche, se oyé continuo rumor que ensordece como el ruido de una granizada, producido por el incesante movimiento de las fichas, de tal modo, que es necesario levantar mucho la voz para hacerse oír del vecino. La bebida más comun es el chocolate, que en España es exquisito, servido por lo regular en pequeñas jícaras, espeso como confitura y tan caliente que abrasa la boca. Una de estas jícaras, con una gota de leche y un pastel particular sumamente blando, que llaman *bollo*, constituye un almuerzo digno de Lúculo. Entre *bollo* y

bollo hice mis estudios sobre el carácter catalan, hablando con todos los *Don Fulanos* (nombre consagrado en España como el de *Tizio* entre nosotros), que tuvieron la bondad de no tomarme por espía enviado de Madrid para olfatear los aires que corrian por Cataluña. Los ánimos, en aquellos días, estaban sumamente exaltados. Ocurrióme distintas veces, hablando inocentemente de un diario, de un personaje, de un hecho cualquiera con el *caballero* que me acompañaba en el café, ó en la tienda, ó en el teatro; ocurrióme, digo, notar que me hacian señas con el pié, murmurándome al oído:—"Cuidado; ese caballero que está á la derecha de Vd., es un carlista."—"¡Chist! Aquel es un republicano."—"El de allá un Sagastino."—"Este del lado un radical."—"El que está más léjos un cimbrio."—"Todo el mundo hablaba de política. Encontré un carlista furioso en la persona de un barbero, el cual, notando por mi acento que era *conciudadano del Rey*, ensayó, con disímulo el modo de entrar en conversacion conmigo. Yo no dije palabra, porque me estaba afeitando; y no era cosa que algun resentimiento de mi orgullo nacional herido hiciese correr la primera sangre de la guerra civil. Pero el barbero no se dió por vencido, y no sabiendo cómo meter baza, díjome con gracioso acento:—"Sepa Vd., caballero, que si hubiera guerra entre Italia y España, España no tendría miedo."—"Convencidísimo estoy de ello"—le contesté, sin perder de vista la navaja. Añadióme despues, que Francia, una vez pagada su deuda á Alemania, declararíala la guerra á Italia:—"No hay escapatoria."—Nada contesté.

Quedóse un rato pensativo, diciendo despues maliciosamente.—“*¡Dentro de poco van á acontecer grandes cosas!*—Con todo, á los barceloneses les gustó que el Rey se hubiese presentado á ellos confiado y tranquilo, y la gente del pueblo recuerda con admiracion su entrada en la ciudad. Hallé simpatía por el Rey hasta en algunos que decían entre dientes:—“*No es español.*”—Y si alguien me preguntaba:—“*¿Le parece á Vd. que estaría bien en Roma ó en París, un rey castellano?*”—Contestábale al punto:—“*No entiendo de política,*”—y negocio concluido. Pero los carlistas son realmente implacables. Dicen con la mayor buena fé que nuestra revolucion fué una perrería, y casi todos viven en la conviccion de que el verdadero rey de Italia es el Papa; que Italia lo quiere, y que ha doblado la cerviz al peso de la espada de Víctor Manuel, porque no le queda otro recurso, pero que espera la ocasion propicia de sacudir el yugo, como ha hecho con los borbones y los demás. Bastaría á probarlo la siguiente anécdota que refiero aquí como me la contaron, sin ánimo alguno de herir á la persona que en ella figura:

Un día, un jóven italiano, á quien conozco íntimamente, fué presentado á una de las señoras más respetables de la ciudad, la cual le recibió con la más exquisita galantería. Hallábanse presentes algunos italianos. La señora habló de Italia, mostrando mucha simpatía hácia mi país, dando al mismo tiempo las gracias al jóven italiano por el entusiasmo con que hablaba de España, sosteniendo, durante toda la noche, una viva y cordial conversacion con los agradecidos

huéspedes. De pronto preguntóle al jóven:—Y cuando vuelva á Italia, ¿en qué ciudad piensa establecerse?—En Roma, señora,—contestó el jóven.—¿Para defender al Papa?—añadió la dama con la más amable franqueza. El jóven la miró, y sonriendo ingenuamente le dijo:—En verdad que no, señora. Aquél *no* desencadenó una tempestad. La dama olvidó que el jóven era italiano, que lo eran tambien sus huéspedes, y fulminó tales inyectivas contra el rey Víctor Manuel, el gobierno piemontés y la Italia, remontándose de la entrada del ejército en Roma hasta la Umbría, que el desdichado extranjero palideció como un muerto. Haciendo un soberano esfuerzo, no contestó una palabra, y dejó á sus compatriotas, que eran amigos antiguos de la dama, el cuidado de sostener el honor de su país. La conversacion duró un rato y fué acalorada. La señora conoció después que se había dejado llevar de la pasion política, y dió á comprender que le sabia mal. Pero una cosa apareció clarísima en sus palabras, y era que estaba convencida ¡y cuántas con ella! de que la unidad de Italia se había hecho contra la voluntad del pueblo italiano, por el rey del Piamonte, ávido de dominio, y lleno de ódio hácia la religion, etc., etc.

El pueblo bajo, con todo, es más republicano que otra cosa, y como goza fama de ser tan escaso de palabras, como presto en el obrar, es realmente temido. Cuando en España se quiere esparcir la voz de una próxima revolucion, se empieza por decir que estallará en Barcelona, ó que está por estallar, ó que ya ha estallado. Los catalanes no quieren ser confundidos

con los españoles de las otras provincias.—"Somos españoles,—dicen;—pero entendámonos, españoles de Cataluña."—Gente, justo es decirlo, que piensa y trabaja, y á cuyos oídos, suena más grato el ruido de las máquinas que los acordes de la lira.—"Nosotros—añaden,—no envidiamos á Andalucía su fama novelesca, los lauros del poeta, ni la gloria del pintor; nos basta con ser el pueblo más sério y más trabajador de toda España."—Hablan de sus hermanos del Mediodía como los piemonteses hablaban antes, pero no ahora, de los napolitanos y sicilianos:—"Sí; tienen ingenio, imaginación, hablan bien, divierten; pero nosotros, en cambio, tenemos mayor fuerza de voluntad, más aptitud para los estudios científicos, más instrucción popular... y después... carácter."—Le oí á un catalán, hombre tan claro de ingenio como de doctrinas, lamentarse de que la guerra de la Independencia hizo fraternizar demasiado á todas las provincias de España, de lo cual resultó, que los catalanes contrajeron algunos defectos de los meridionales, sin que estos en cambio adquiriesen ni una buena cualidad de los catalanes.—"Desde entonces, decía:—somos *más lijeros de casco*,"—y no sabía consolarse. Un tendero, á quien pregunté qué pensaba del carácter castellano, me contestó bruscamente, que á su entender, sería una gran fortuna que no existiera ferro-carril entre Barcelona y Madrid, porque el trato con aquella gente *corrompe el carácter* y las costumbres del pueblo catalán. Cuando hablan de un diputado orador, dicen:—"¡Bah!... un andaluz." Y á renglón seguido ridiculizan su lenguaje poético, su

pronunciación dulce, su alegría infantil, la vanidad y afeminación de que hacen gala. Estos, en cambio, hablan de los catalanes como una señora caprichosa, literata y pintora hablaría de una muchacha tosca que gustara más leer la *Cocinera genovesa* que las novelas de Jorge Sand.—"Son gente dura—dicen,—hecha de una pieza, que sólo tiene cabeza para la aritmética y la mecánica; bárbaros que harían de una estatua de Montañés un guarda-canton, y de una tela de Murillo un encerado; insoportables con su jergonza, su aire desdenoso y su vanidad pedantesca." Realmente, Cataluña es la provincia de España que ménos figura en la historia de las bellas artes. El único poeta, no grande, pero célebre, que ha nacido en Barcelona, es Boscan, que floreció á principios del siglo xvi. Boscan introdujo en la literatura española el verso endecasílabo, la canción y el soneto, y todas las formas de la poesía italiana de la cual era apasionado admirador. ¡De qué depende la transformación de toda la literatura de un pueblo! De haber ido Boscan á Granada, cuando se hallaba allí la corte de Carlos V, donde conoció á un embajador de la república de Venecia, Andrés Navagero, que sabía de memoria los versos de Petrarca recitándolos con frecuencia. Un día le dijo á Boscan:—"Me parece que también vosotros podríais escribir así: probadlo."—Y, en efecto, Boscan lo probó. Pero se le echaron encima todos los literatos de España, diciéndole, que el verso italiano carecía de sonoridad, que la poesía de Petrarca era propia de mujeres y que España no tenía necesidad de pedirle á nadie inspiración pres-

tada. A pesar de ello, Boscan, no dió su brazo á torcer. Garcilaso de la Vega, el valeroso caballero, íntimo amigo suyo, que recibió más tarde el glorioso dictado de Malherbe de España, le siguió. El ejército reformador fué aumentando de día en día, hasta que dominó por completo. Quien realmente hizo la reforma fué Garcilaso, pero corresponde á Boscan el mérito de la primitiva idea y á Barcelona el honor de haber nacido la cuna de quien hizo cambiar por completo la faz de la literatura española.

En los pocos días que permanecí en Barcelona, solía pasar la noche con algunos jóvenes catalanes paseando por la orilla del mar, á la claridad de la luna, hasta una hora bastante avanzada. Todos conocían un poco el italiano y estaban enamorados de nuestra poesía de tal modo, que no hacíamos más que recitar versos como en un certámen, sucediendo las inspiraciones de Zorrilla, Espronceda y Lope de Vega, á las de Foscolo, Berchet y Manzoni. Es un placer desconocido y nuevo el que se experimenta recitando versos de nuestros poetas en país extranjero. Cuando miraba á todos mis amigos españoles atentos al relato de la batalla de Maclodio, animarse poco á poco, entusiasmarse, cogirme por un brazo y exclamar luego, con acento castellano que me hacía más gratas sus palabras: "¡Sublime! ¡Bellísimo!" sentía removerse mi sangre y temblaba; y creo, que á ser de día, me hubieran visto palidecer. Recitáronme versos en lengua catalana. Y digo lengua, porque tiene una historia y una literatura propias, quedando relegada al estado de dia-

lecto, gracias al predominio político de Castilla, que impuso su idioma, como idioma general de España. Aunque sea el catalan una lengua áspera, de palabras monosilábicas, ingrata al principio para el que tenga oído delicado, posee, sin embargo, notables cualidades, que han aprovechado con talento los poetas populares, por prestarse de manera especial á la armonía imitativa. Una poesía que me recitaron, cuya primera estrofa imita el ruido cadencioso de un tren en marcha, me arrancó un grito de admiración. Pero, sin intérprete, el catalan es incomprendible aun para los mismos españoles. Hablan aprisa, con los dientes cerrados, sin que el gesto acompañe á la palabra, de donde resulta que es difícil comprender el sentido de un período, por sencillo que sea, y es una suerte si se entiende al vuelo alguna palabra. No obstante, cuando es necesario, hasta la gente del pueblo habla castellano, si bien toscamente y sin gracia alguna, pero de todos modos, algo mejor que los italianos del pueblo bajo de las provincias septentrionales, cuando hablan nuestra lengua. Ni las personas cultas, en el Principado, hablan á la perfección el idioma nacional; el castellano reconoce al catalan á las primeras palabras en el acento, en las expresiones, y sobre todo en los *modismos ilegítimos*. Por ello cuando un extranjero entra en España con la ilusión de hablar con elegancia la lengua castellana, puede conservar su errónea creencia no saliendo de Cataluña; pero si penetra en Castilla, y oye por vez primera aquella fogosidad en la frase, aquella profusión de refranes ó proverbios, y los innumerables modismos é idiotis-

mos ingeniosos é intraducibles, se queda con la boca abierta, como Alfieri ante la Monna Vocaboliera cuando le hablaba de las medias, ¡y adios ilusiones!

La última noche estuve en el Teatro del Liceo, que goza fama de ser uno de los más hermosos de Europa, y de fijo el más grande. Estaba lleno de bote en bote desde el patio al paraíso, de tal modo, que no se hubieran podido acomodar cien personas más. Desde mi palco, aparecian las señoras de la parte opuesta pequeñas como niñas; y entornando los ojos, no se veía sino líneas blancas, una en cada piso, trémulas, y lucientes como inmensas guirnaldas de camelias impregnadas de rocío y agitadas por el céfiro. Los palcos, sumamente grandes, se hallan separados por un tabique que va de la pared al antepecho, quedando al descubierto el busto de la persona sentada en primera fila, de modo que á primera vista parece que en el teatro no hay más que galerías, lo cual le presta un aire de ligereza, muy agradable. Todo luce, todo queda al descubierto: la luz irradia por todas partes; cada espectador vé á todos; los corredores son espaciosos: se puede contemplar á una dama de distintos puntos; pasar de las galerías á los palcos, de los palcos á las galerías; pasearse; formar grupos; moverse toda la noche de un lado á otro, sin incomodar á nadie. Los anejos del edificio son proporcionados á la parte principal; corredores, escaleras, descansillos, vestíbulo, todo digno de un palacio. Tiene tambien salas de baile anchurosas y espléndidas, en las cuales se podría erigir otro teatro. Y en este sitio, donde los buenos barceloneses, olvidando

las fatigas del día, sólo deberían pensar en recrearse, en la contemplación de sus hermosas y espléndidas mujeres; aun allí los buenos barceloneses compran, venden, pagan y trafican como almas condenadas. En los corredores se nota un incesante ir y venir de agentes de cambio, de bolsistas, de portadores de despachos y un continuo vocerío de mercado. ¡Qué atrocidades! ¡Cuántos hermosos semblantes, cuantos preciosos ojos, cuántas espléndidas cabelleras negras en aquella muchedumbre de damas! Antiguamente, los jóvenes catalanes enamorados, por cautivar el corazón de sus bellas, se hacian inscribir en una cofradía de disciplinantes, y con unas disciplinas en la mano se colocaban bajo las ventanas de la casa donde habitaba su amada, para azotarse la carne hasta brotar la sangre, mientras ella les animaba diciendo:— "Azota, azota; ahora te amo y soy tuya."—Cuántas veces hubiera yo exclamado aquella noche:— "¡Señoras, por caridad, dénme unas disciplinas!"...

Al día siguiente antes de despuntar el sol, salí para Zaragoza, pero á decir verdad, no sin un sentimiento de tristeza, por más que había permanecido en Barcelona pocos dias. Esta ciudad, aunque no sea, ni con mucho, *la flor de las bellas ciudades del mundo*, como la llamó Cervantes, esta ciudad, repito, traficante y llena de almacenes, desdeñosa para los poetas y pintores, me gustó, y su pueblo siempre atareado, me inspiró respeto. A más de que es siempre triste salir de una ciudad, aunque extranjera, con seguridad de no volverla á ver; es como dar un adiós para siempre á un compañero de viaje con el cual se

han pasado agradablemente veinticuatro horas; no es un amigo, y con todo, cree uno amarla como á tal, y la recordará seguramente toda la vida, con más viveza que á muchos de aquellos á quienes se dá el nombre de amigo. Mirando la ciudad por la ventanilla del coche de ferro-carril, viniéronme á los labios las palabras de don Alvaro Tarfe en el *Quijote*: —"¡Adios, Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, patria de los valientes, adios!"—Y añadí tristemente: ¡Hé aquí desgarrada la primera página del libro de color de rosa de mi viaje! Todo pasa en el mundo... Ahora una ciudad nueva, despues otra, y otra despues... y más tarde... el regreso, y el viaje habrá pasado como un sueño y me parecerá que ni siquiera me he movido de casa... ¿y luego?... otro viaje... y nuevas ciudades, y tristes despedidas y... un recuerdo, vago como sueño... ¿y luego? ¡Pobres de vosotros si en un viaje os dominan semejantes pensamientos! Contemplad el ciclo y la campiña, recitad versos, y fumad.

Adios, Barcelona, archivo de la cortesía, adios.



ZARAGOZA



corta distancia de Barcelona comienzan á verse las rocas dentadas del Monserrat, extraño monte que á primera vista infunde en el ánimo la duda de una ilusión óptica: tan difícil es creer que la naturaleza haya llevado hasta aquel punto las extravagancias fantásticas del capricho. Imaginaos una série de sutiles triángulos pegados, como los que hacen los niños para representar una cadena de montañas, ó bien una corona tendida como hoja de sierra, ó pilones de azúcar puestos en fila, y tendréis idea de la forma que ofrece á lo lejos el Monserrat, conjunto de conos inmensos que se alzan uno junto á otro, y uno sobre otro; ó mejor, un solo gran monte formado de cien montes, hendido de alto á abajo casi hasta la tercera parte de su altura, de manera que presenta dos grandes masas alrededor de las cuales se agrupan las menores: en las partes altas, árido y abrupto; en las bajas, poblado de pinos, encinas, madroños y enebros; roto aquí y allá por desmesuradas grutas y hondos barrancos, sembrado de ermitas que blanquean en